



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

HOMILÍA DEL NUNCIO APOSTÓLICO

- MEMORIA DE SANTA ÁGUEDA -

5 de febrero de 2019

En el pasaje del Evangelio de San Marcos que acabamos de escuchar se nos relatan dos milagros de Jesús estrechamente relacionados. Para narrar los hechos, Marcos ha puesto algunos detalles repetidos como para que los lectores adviertan fácilmente que ambos milagros tienen mucho que ver entre sí. Las dos personas curadas son mujeres, aunque de diferente edad. El tiempo de enfermedad de una es común con la edad de la otra, doce años. En ambos casos se habla de temor, así como también de fe y de salvación. Finalmente, los dos milagros suceden “inmediatamente” y las personas favorecidas continúan su vida normal.

Si leemos el texto con atención, podemos descubrir otras coincidencias. En efecto, vemos cómo Jesús no teme nunca acercarse a las multitudes, hasta se deja circundar, casi asfixiar por la gente, exponiéndose al contacto con todo tipo de personas y sin cuidarse de las reglas sobre la pureza ritual tan exigentes en la cultura judía de la época.

Vemos, en efecto, que no vacila en dejarse tocar por una mujer que tiene flujo de sangre, una “impura”, alejada tanto del culto como de la vida social, y no contento con esto, toca voluntariamente a una niña muerta, un cadáver, que imponía someterse a ceremonias de purificación para poder participar nuevamente del culto de los vivos. Como vemos se trata aquí del encuentro simbólico de Jesús con la muerte manifestada en dos formas distintas: un muerto en vida y un muerto físicamente. Es ante esa muerte, social y personal, contra la cual los hombres nada pueden, que Jesús manifiesta su poder salvador.

Este acercamiento, esta proximidad, este contacto afectivo, podríamos decir, entre Jesús y las personas necesitadas que acuden a Él no es cosa del pasado o de un lugar, sino que se perpetúa en cada época de la historia y en cada rincón del mundo, a través de la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo. Nosotros, en cuanto bautizados y más aún en cuanto consagrados en la plenitud del sacerdocio de Cristo, somos en modo único casi como las manos, la voz de Jesús, que quiere nuevamente tocar a cada hombre, donde quiera que se encuentre, para poder salvarlo. Ese es el carácter sacramental, instrumental podríamos decir, de nuestra condición de consagrados,

Marcos precisa que la mujer sufría la enfermedad desde hacía doce años. Son los mismos doce años de edad de la niña. Esta coincidencia cronológica nos invita a

pensar en que ambos relatos nos ofrecen una enseñanza común. Por un lado, a lo largo de doce años la mujer había gastado infructuosamente su fortuna en médicos y Dios interviene cuando ya nada pareciera tener sentido. Por otro, la niña, según la ley judía, a los doce años acababa de alcanzar la edad de su madurez y es cuando todas sus posibilidades vitales se le frustran abruptamente cuando Dios decide intervenir. En ambos casos, con una mirada humana, tenemos la impresión de que los tiempos de Dios no coinciden con la apremiante necesidad humana. Dios parece llegar tarde. Sin embargo, desde la perspectiva de la fe, a la hemorroísa le quedaba claro que ningún médico de la tierra podía obrar aquello que Jesús finalmente hizo. Para Jairo era manifiesto que sólo Jesús podía sanar a su hija ya moribunda.

La fe es por tanto el centro de este relato de curaciones. "*Tu fe te ha salvado*", solía decir con frecuencia el Señor a los que curaba y lo escuchamos también hoy. Esos enfermos no se curaron por un mero contacto físico, por el gesto exterior de Jesús, sino por una experiencia de fe: la fe de la hemorroísa, una mujer de pueblo, un poco supersticiosa, y la fe de Jairo, un notable, un jefe de la Sinagoga, capaz de postrarse a los pies de Jesús en veneración de su poder divino que puede llamar los muertos a la vida. A los que tienen fe en Él, Jesús les da la salvación, pero ya desde ahora, no sólo al fin de esta vida. La salvación se manifiesta también en la victoria contra esas otras formas de muerte que ya se padecen en este mundo. Jesús reintegra todos los salvados a una vida marcada por la alegría, la fraternidad, la esperanza y el amor.

Haciendo una aplicación a nuestro hoy, me parece que hay en este pasaje del Evangelio una clara invitación a meternos nosotros también entre el gentío, como Jesús, dispuestos a atender las concretas necesidades de los fieles, dispuestos a ser salpicados por la suciedad de la calle de la vida en la que ellos se encuentran. Pero también, como ha señalado el Papa Francisco, en la *Evangelii Gaudium*, encontramos una invitación a tomar conciencia de que responde más al plan de Dios "trabajar con fe", "trabajar a largo plazo", para el Señor "rico en tiempo," a sabiendas de que los resultados, la fecundidad, los frutos duraderos, vienen de Dios y no de nuestros esfuerzos, de nuestras capacidades, de nuestros planes, que también son necesarios en el plano instrumental, mas no suficientes.

De cara a nuestros esfuerzos pastorales debemos recordar siempre que es Jesús el dueño del tiempo, el Señor de la Historia y el Señor de las circunstancias de nuestras vidas. Es Él y solo Él quien determina el momento oportuno, el *Kairos*, para manifestar su poder y obrar en favor de los necesitados que acuden a Él en una experiencia de fe, de confianza en su poder salvador. ¡Ojalá nosotros podamos sentirnos siempre como estos necesitados que depositan su fe ante los pies de Jesús!

Como custodios del depósito de la Fe, estamos llamados a enseñar la Fe de la Iglesia en toda su integridad, tanto doctrinal como existencial, la fe personal que se centra en la confianza vital en Jesús Salvador. Y debemos hacerlo con la valentía y la persuasión propias de quien vive de esta fe y para servirla, de quien ha hecho íntimamente la experiencia del encuentro salvador con Jesús y que, por eso mismo, puede indicar el camino existencial, práctico, podríamos decir, que lleva indefectiblemente al encuentro personal de fe con Jesús, el Señor del tiempo y de la vida.

Son tantos los fieles que esperan de nosotros, en estos días, esta enseñanza vital. A nosotros también nos circundan multitudes sedientas de vida y de Dios. ¡Permítanme decir, hermanos en el episcopado, que creo que Colombia está entrando en un momento de agitación y de necesidad! ¡En estas circunstancias, el pueblo colombiano tiene derecho a esta cercanía afectiva y a la voz sapiente de sus Pastores! En tiempos de incerteza, en tiempos de desconfianza en la conducción de sus dirigentes civiles, el Pueblo de Dios anhela, clama, por el contacto físico con el Jesús Salvador, a quien sólo puede experimentar a través de la presencia de aquellos que tienen el ministerio de hacer oír la voz del Buen Pastor, de hacer sentir las caricias confortantes “del que murió en la cruz”.

Precisamente, la Carta a los Hebreos, que acabamos de escuchar, nos anima a asumir hasta los tuétanos la vocación que hemos recibido con el ministerio episcopal. *“Corramos con fortaleza la prueba que se nos propone, fijos los ojos en Jesús, el que inicia y consume la fe, el cual, en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz sin miedo a la ignominia...fijaos en aquel que soportó tal contradicción de parte de los pecadores, para que no desfallezcáis faltos de ánimo.”*

Pido a Santa María, la Virgen de Chiquinquirá, a quien he ido a visitar en primer lugar a su Santuario Nacional, que los ayude en las reflexiones de esta Asamblea Plenaria, para que puedan llevar con valentía el Evangelio de su Hijo a todos los rincones y a todas las circunstancias dolorosas de esta Colombia necesitada de reconciliación, de esperanza y de amor. ¡Sea alabado Jesucristo!
